

## Contestación al discurso de ingreso del Doctor Roberto Cassá y Bernaldo de Quirós

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,  
Señores Académicos, Damas y Caballeros, Amigos todos:

Es para mi motivo de honda satisfacción pronunciar estas palabras de bienvenida y contestación al discurso de ingreso en esta Academia del Dr. Roberto Cassá y Bernaldo de Quirós, quien ocupará un nuevo sillón en ellas, como individuo de número, debido a la atinada modificación de sus Estatutos. Los méritos del Dr. Roberto Cassá y Bernaldo de Quirós, son tantos y de tan altos quilates, que resultan difíciles de enumerar y ponderar sin llevar a su rostro el rubor de la modestia que le caracteriza, razón por la cual me limitaré a señalar en cuanto a sus estudios y a su obra se refiere que sus grados académicos, su experiencia docente, la calidad de sus investigaciones y la concreción de esa experiencia y esos conocimientos en libros, folletos, artículos y ponencias, hacen de él un maestro consagrado al noble oficio de desentrañar, interpretar, recrear y exponer los hechos fundamentales de la vida de los pueblos de Nuestra América, pero particularmente de la vida del pueblo dominicano y de sus grandes conductores; vale decir: un artífice de esa alta disciplina a la que damos el justo título de Ciencia de la Historia. Y claro está que esos dones del saber historiográficos no podían estar ausentes del trabajo que este nuevo beneficiario de la Academia, preparó sobre el gran ciudadano y eminente pensador Pedro Francisco Bonó, que ustedes acaban de escuchar.



“Apología a Pedro Francisco Bonó”, constituye una obra de síntesis magistral en la que su autor, utilizando a manera de trama la realidad social que el mismo Bonó describe y combate, ilumina con trazos firmes la parábola de su vida, desde que abrazado a la utopía lo vemos en el apogeo de su proceridad, como actor de primera magnitud participando en la Revolución del 57, en la Constituyente de Moca, en la Guerra Restauradora y en el Gobierno Provisorio de Santiago; hasta que vencido por el desencanto, busca y confía el predominio de sus ideas de bien y la salvación del pueblo por el que había estudiado, observado y padecido, no en el esfuerzo humano representado en su época por la ciencia positiva, sino en la idea de que la vida ceñida a una ética rigurosa, única forma de llegar al “puerto seguro” del progreso y la felicidad del pueblo, sólo podía ser alcanzados por la revelación. Únicamente Jesucristo, exclama en un último acto de constricción, consigna Cassá, “es la verdad, toda la verdad”.

Leyendo este texto de Cassá, dos conceptos se cruzan y entrecruzan en la mente, deslumbrando nuestra mirada interior y llenando de congoja el espíritu; son ellas éstas: el paradigma y la utopía. ¿Por qué? ¿A qué se debe que la lectura de “Apología de Pedro Francisco Bonó”, logre producir en nuestro ánimo reacciones tan encontradas de destello y de dolor, aún después de su caída? Me apresuro a decir que su autor, brinda la explicación de ese fenómeno, al no disputarle nunca a su biografiado el rango de paradigma entre los intelectuales dominicanos de la pasada centuria, comprometidos con el ideal de engrandecimiento y felicidad de su pueblo. Y agregamos más por nuestra parte: no fue el autor de “El Montero”, quien cayó en el empeño de alcanzar el ideal de una patria mejor, sino aquellos frente los que guardó siempre prudente distancia, quienes antes y después de llegar al poder la hundieron en el caos de la guerra fratricida, nada menos que al servicio y a nombre de un poder extranjero.

Y como la “Apología a Pedro Francisco Bonó” ha tenido la virtud de obligarnos a evocar las palabras paradigma y utopía,



me voy a permitir con la venia de su autor, referirme a las conferencias que Pedro Henríquez Ureña dictó con el título de “La Utopía de América” (1925) en la Universidad de la Plata; que utilizaremos con la finalidad de reforzar las ideas y lineamientos generales del discurso que respondemos complacidos esta noche. Pedro Henríquez Ureña, como una coincidencia digna de ser destacada, nace en Santo Domingo en 1884, momento en que Pedro Francisco Bonó, abatido por el desencanto abjura de sus concepciones y convicciones de los primeros tiempos; y, como coincidencia igualmente notable, siendo el intelectual dominicano de este siglo más entrañablemente comprometido con el ideal de justicia, como lo fue el autor del “Congreso Extraparlamentario” en la pasada centuria, brindó a la distancia de más de cuatro décadas, el substrato de la mutación sufrida por éste y la antinomia entre revelación y utopía, cuando sentencia:

“El antiguo Oriente se había conformado con la estabilidad de la organización social: la justicia se sacrificaba al orden, el progreso a la tranquilidad. Cuando alimentaron esperanzas de perfección -la victoria Ahura Mazda entre los persas o la venida del Mesías para los hebreos- las situaron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de leyes o de voluntades más altas Grecia cree en el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano. Atenas se dedicó a crear utopías: nadie las revela mejor que Aristófanes; el poeta que las satiriza no sólo es capaz de comprenderlas sino que hasta se diría simpatizador de ellas, tal es el esplendor con que llega a presentarlas. Poco después de los intentos que atrajeron la burla de Aristófanes, Platón crea, en La República, no sólo una de las obras maestras de la filosofía y de la literatura, sino también la obra maestra en el arte singular de la utopía”.<sup>1</sup>

“La sociedad en que vivimos, diría Bonó y destaca Cassá -carta a Meriño del 31 de diciembre de 1903-, está mala, muy

---

<sup>1</sup>Henríquez Ureña, P.: “La Utopía de América” (E. Ayacucho), p. 7.



mala. Si Dios no nos ve con misericordia estamos perdidos. Con los elementos en juego hoy día no hay combinación a mi parecer que pueda reconstruir el edificio social destruido, restablecer la armonía, y mantener las jerarquías. El trabajo dominicano lo acabaron las teorías de los ilusos, las santas creencias de la religión cristiana la acabaron las teorías generales del siglo, traducidas aquí por la Normal, la disciplina, la laboriosidad, en fin, todo lo bueno que poseíamos ha venido al suelo.”<sup>2</sup>

Pero Cassá, previamente, ha condicionado nuestro ánimo para recibir y hasta comprender este salto de Bonó hacia las supremas instancias del Dios de los cristianos, cuando consigna:

“En ese último estado de ánimo primaba el interés de encontrar soluciones originales que fuesen ajenas al espíritu cientificista y que se adcribiesen a la idiosincracia dominicana. Por ello, de coincidir calurosamente con Hostos en la crítica a los efectos oligárquicos del capitalismo, Bonó se tornó impugnador del positivismo y, en concreto, de la escuela hostosiana, sobre todo después que los discípulos del Maestro pasaron a ocupar elevadas funciones públicas, muerto ya Heureaux . . .”<sup>3</sup>

Ahora bien, queremos consignar por nuestra parte, dejando el dato aquí, como en suspenso por la dramática diferencia envuelta en él, que cuando Bonó abre su corazón a Meriño en la misiva del 15 de diciembre de 1903, abrazado a Dios y abjurando de sus ideas positivista, ya hacía más de 4 meses que Eugenio María de Hostos, víctima del mismo derrumbamiento y hundido en el mismo desencanto -11 de agosto de ese mismo año-, abrazado a la muerte había rendido la última jornada de su vida. Pero . . . ¿qué fuerza poderosa era capaz de producir esas caídas y esos abatimientos? ¿De donde procedía y que buscaba? Algunos indicios se filtran en la correspondencia de Bonó y Meriño, ya en las postrimerías de sus vidas. Por ejemplo, en la carta del prelado del 1º de junio de 1901, después de tratar cosas de la iglesia, decía a su destinatario: “*Sobre los asuntos de la Patria, lo que*

<sup>2</sup>Cassá, R.: “Apología . . .”, p. 13.

<sup>3</sup>Cassá, R.: Op. cit. p. 14

*debemos es abrigar la convicción de que, por desgracia nuestra, acabaremos nuestros días oyendo hablar inglés”. Y ya tan tarde como el 16 de octubre de 1905, luego de referirse en primer término a temas relacionados con la religión, expresa Meriño: “Dicho esto, doy a Ud. mil gracias por el interés que le inspira mi salud, la cual no ha vuelto a afirmarse ni el carapacho lleva trazas de ir recuperando lo perdido. Verdad es que para acabar de ver la consumación de tanta iniquidad pública, lo mejor es pasar pronto (. . .) Nos han cabido tiempo de abominación que han dejado en el fondo de toda alma honrada y patriótica ecos de dolor; pero el golpe de gracia que nos han traído, entre otras calamidades, la traición de julio de 1902 (la tutela yankee), viene a resonar con insufribles vibraciones en el ocaso de nuestra combatida existencia . . .”<sup>4</sup>*

En esa esquila que podemos calificar de último grito de un patriota por la denuncia que encierra y porque, como señala don Emilio Rodríguez Demorizi en nota al pie, Meriño murió antes de un año -20 de agosto de 1906- y Bonó 25 días después -15 de septiembre del mismo año-, el primero de ellos se ocupa de señalar con nombre y apellido la fuerza incontrastable por la que preguntamos antes, capaz de derribar y abatir gigantes de la talla de un Pedro Francisco Bonó y un Eugenio María de Hostos. Pero como de paradimas y utopías, venimos hablando, dejemos que sea Pedro Hernández Ureña, víctima también de su poderío, quien la proyecte ante nuestras miradas con trazos magistrales. Dice así el más universal de los pensadores dominicanos en “La Utopía de América”:<sup>5</sup>

“La primera utopía que se realizó sobre la tierra -así lo creyeron los hombre de buena voluntad- fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámolo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático,

<sup>4</sup>Rodríguez D., Emilio: “Papeles de Pedro F. Bonó”, p. 599.

<sup>5</sup>Hernández Ureña, P.: Op. cit., p. 10.



y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo”.

El triunfo del pueblo dominicano contra España en la Guerra de la Restauración, coincidiendo con la Guerra contra la Esclavitud en los Estados Unidos (Guerra de Secesión), convirtió al pueblo dominicano en paradigma del pueblo libre, admirado y respetado por todos los luchadores que en la cuenca del Caribe, perseguían la libertad de las dos Grandes Antillas (Cuba y Puerto Rico) que a sus costados, permanecían bajo el dominio colonial español; y, paralelamente a esa grandeza de los Estados Unidos, destacada por Pedro Hernández en la forma en que hemos oído; casi coincidiendo con el momento en que la opulencia de aquel gigantesco país le hizo perder la cabeza, permitiendo que la materia devorara al espíritu; es decir, cuando devino en el poderoso imperio que hoy conocemos; precisamente en ese instante, cuando llega a su fin la dictadura de Buenaventura Báez, dando término a la Guerra de los Diez Años, Santo Domingo, patria de los dominicanos, se convirtió a su vez en escudo protector de todas las víctimas de los remanentes del coloniaje en América y esperanza de una nueva utopía: la Confederación de las Antillas, cuya realización se vio impedida por la agresión militar, la injerencia política y la dominación financiera de los Estados Unidos. Qué esa hermosa historia haya sido mutilada y escamoteada por el empeño inútil de borrarla, es cosa que los dominicanos palpamos y sufrimos a cada instante. Pero está ahí, representada por “testigos” tan gloriosos, como José Martí, Ramón Emeterio Betances, Antonio Maceo y Eugenio María de Hostos.

El 25 de agosto de 1884, Eugenio María de Hostos publicó en la Revista Científica (núm. 15) sus ideas sobre la Confederación de las Antillas, cuyo título rezaba: “La que algún día será una Gran Nacionalidad”; donde, adelantándose a otros pensadores,



plantea en forma magistral la forma en que funcionaria esa conjunción de pueblos, teniendo a la República Dominicana, como núcleo aglutinante, cuando dice:

“A eso se irá, a eso habrá que ir por la fuerza de las cosas, y el día en que eso llegue, la sociedad de las Antillas formará en los tiempos venideros una nacionalidad de un carácter semejante, y tan poderosa y tan prepotente y tan viva y tan insinuante en la civilización universal, como aquella sociedad helénica que, en la cuna de las sociedades europeas, ocupó en el mundo antiguo una posición geográfica y comercial que en el mundo moderno no tienen más que las Antillas”. Y a continuación, preguntaba; “Ahora bien, ¿a cuál de las Antillas corresponde la iniciativa en esa obra, y cual de las tres dispone de los recursos que sólo da la independencia? Necesariamente ha de ser la única de las tres que es independiente. ¿Y cuáles han de ser los recursos que ponga en juego? Todos, y cualesquiera, a medida que las circunstancias lo reclamen”. Luego, lo que no podía faltar: el ideal de perfección humana en el mismo corazón de América, la utopía:

“Sobre este orden económico-social se establecerá por sí mismo un orden jurídico que hará de la noción del derecho y del deber la base de las relaciones políticas, y de cada morador un ciudadano y de cada ciudadano un hombre libre, y de cada hombre libre un patriota contento de su patria y la patria un espectáculo consolador para los hombres.”<sup>6</sup>

No dudamos que Pedro Francisco Bonó, conociera el trabajo de Hostos al que acabamos de referirnos, publicado como hemos dicho en 1884, cuando al decir de Cassá, coincidía “calurosamente” con él “en la crítica a los efectos oligárquicos del capitalismo”. Y proclamamos aquí, que estamos plenamente de acuerdo con el pasaje del discurso que comentamos, cuando leemos la afirmación de su autor que a continuación copiamos:

“Pero Bonó no tenía madera de resignado. No solo persiguió la redención en la trascendencia cristiana, sino que no cejó en

---

<sup>6</sup>Rodríguez D., Emilio: “Hostos en Santo Domingo”, v.1, pp. 132 y 133.



visualizar brechas por donde el conglomerado dominicano pudiera eludir un destino funesto. A título contingente, enunció la esperanza de que la Confederación de la Antillas pudiera ser el recurso para reconstruir un sentido de identidad colectiva animado por una misión. Lejos de desembocar pues, en un corolario conservador, Bonó ratificaba el invariable contenido progresista de su consmovisión. Así lo evidencia su planteamiento de que República Dominicana estaba llamada a constituirse en el núcleo de las Antillas, con la finalidad de lograr la integración de las razas y la dignificación de los negros.”<sup>7</sup>

Pero en uno como en el otro caso: ignorara o conociera Bonó la utopía hostosiana de 1884, mucho más si la respuesta fuere negativa, cabe preguntar nuevamente ¿qué fue lo que distanció, enfrentó y dispersó a tantos ciudadanos ejemplares, tantos luchadores por el ideal de justicia, tantos patriotas convencidos, permitiendo la labor de zapa del imperio, que hoy más que nunca amenaza con la destrucción y con la ruina a todos los pueblos de Nuestra América y otras partes del mundo? A mi entender, esa fuerza -llamémosla de alguna forma- radica y se alimenta de la falta de memoria histórica del pueblo, que indiferente al legado de sus Fundadores y a los valores culturales que representan su identidad, resulta presa fácil de tiranos y explotadores extranjeros. Otros tendrán otras respuestas; pero mientras tanto, quedará en lo más hondo del alma mucho de la congoja provocada pro la lectura de la “Apología a Pedro Francisco Bonó”, porque a final de cuentas, quien les habla y millones de seres en el mundo, guardando las distancias del tiempo y las excelencias, por habernos abrazado con pasión y a todo riesgo, a la última utopía hemos vivido -estamos viviendo al finalizar este siglo- la misma o parecida tragedia que vivió en la pasada centuria el solitario de San Francisco de Macorís. Sé y comprendo que algunos, arqueando las cejas, sonreirán. Pero escuchad, finalmente a Pedro Henríquez Ureña. testigo excepcional de aquella época:

---

<sup>7</sup>Cassá, Roberto: Op. cit., pp 14 y 15.





“Cuando el espejismo del espíritu clásico se proyecta sobre Europa, con el Renacimiento, es natural que resurja la utopía. Y desde entonces, aunque se eclipse, no muere. Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica muchos espíritus; la luz de una utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atrevesamos todos.”<sup>8</sup>

Pero si esa última utopía ha hecho crisis, mientras el infierno social de la tercera década de este siglo, sigue azotando pueblos y Naciones con furia redoblada sin que aparezca fuerza capaz de detenerlo: ¿A dónde dirigir la mirada? ¿A qué Dios invocar? ¿Qué manes impetrar?

Oid la voz del Padre Fundador! Escuchad la palabra de Juan Pablo Duarte! Prestad atención al mandato de Juan Pablo Duarte!:

“En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esa ley, contra ese querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de que es en realidad; esa fracción, o mejor diremos, esa facción, es y será siempre todo, menos dominicana; así se le ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones; y aún no había sido el 27 de febrero, cuando se le vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y españoles después.”<sup>9</sup>

Dr. Roberto Cassá y Bernaldo de Quirós, bienvenido nuevamente. Usted es dueño de la excelencia que por su juventud le permite ser un continuador de Pedro Francisco Bonó y Pedro Henríquez Ureña. La utopía (nueva utopía), espera por usted; aguarda por nosotros.

---

<sup>8</sup>Henríquez Ureña, Pedro: Op. cit., p. 7

<sup>9</sup>Duarte, J.P.: Ideario, p. 14.

